

tro Señor que sufráis todo esto de buena gana y por amor a El.

-Pero, Padre, me diréis, ¿quién hará daño a unas hermanas que sólo desean hacer bien, que trabajan con todas sus fuerzas por socorrer a los pobres en sus enfermedades y por su propia perfección? ¿Quién podrá hacerles daño alguno? Hermanas mías, por eso precisamente hay que estar dispuestos a sufrir, pues por eso mismo es por lo que Dios se vio afligido. Sí, hijas mías, las aflicciones nos vienen por servir a Dios; como El nos ama, nos trata como fue tratado El mismo. Permite que unas veces suframos frío, que otras veces estemos mal vestidos. Otras veces, habrá que ir a las aldeas, donde se pasan muchas fatigas; otras veces habrá que sufrir una maledicencia o una injuria. Esto es, mis queridas hermanas, lo que la Providencia permite que les ocurra a los siervos de Dios. Los sufrimientos son un regalo para las personas de bien, que se haría, hecho dignas por su virtud y su fidelidad de hacer buen uso de ellos. Ya conocéis el ejemplo de Tobías, que era tan caritativo que; se levantaba de la mesa y dejaba de comer para ir a enterrar los cuerpos de los que habían matado. La sagrada Escritura nos dice que, por eso, Dios

lo encontró digno de que perdiera la vista. ¡Cómo! ¡Un hombre que se ocupa en acciones de caridad, en sepultar a los muertos, y Dios le priva de la luz, que es tan agradable! Sí, y son sus obras de caridad las que lo hicieron digno y de esa privación. Por tanto, es preciso que una Hija de la Caridad esté dispuesta a sufrir y que se entregue a Dios para recibir con agrado todo lo que le ocurra en contra de sus deseos.

Lo que va contra esta regla es murmurar contra quienes se cree que son la causa de nuestras penas o si, cuando una siente cierto descontento en su vocación, va a quejarse a otra hermana y le dice: «¡Dios mío! ¡Lo duro que es estar en esta Compañía! Hay que hacer esto y aquello; estoy en una parroquia donde hay tanto que hacer; tengo una compañera tan molesta...». Obrar de esta manera es faltar a la regla. Murmurar de que vuestra habitación no es cómoda, de que cuando vais a alguna partes os rechazan, de que sois mal recibidas cuando venís aquí, todo eso es un gran mal. Porque, hijas mías, si sois hijas de Nuestro Señor, como debéis serlo, ya que una Hija de la Caridad se llama hija de Nuestro Señor; no murmuréis jamás. El no criticaba nunca las órdenes de su Padre; ¿y os quejaréis vosotras de estar mal

alimentadas, mal alojadas?; y si estáis enfermas, ¿os quejaréis de estar mal atendidas?

Las hermanas que son así, viven lejos de las prácticas de nuestro Señor y faltan a esta regla, por la que los cristianos y especialmente las Hijas de la Caridad son exhortadas a no murmurar nunca de lo que Dios envía y a recibir todas las cosas como viniendo de su parte, porque nada ocurre sin su orden y sin su permiso. ¿Cómo no va a veniros una pena de partes de Dios, si no cae ni un solo cabello de nuestra cabeza sin su permiso?. Por eso, cuando una hermana aflige a otra hermana, cuando una superiora u oficiala no concede lo que se le pide, no hay que recibir estas cosas como si vinieran de ellas, sino como enviadas por Dios pare hacernos merecer o ponernos en un estado más perfecto por la paciencia en soportarlas.

La paciencia es la virtud de los perfectos. Hijas mías, ¡cuánto consuelo se siente al sufrir alguna cosa por amor de Dios y al aceptar las humillaciones, cuando uno se encuentra en ese estado de perfección que consiste en sufrir de buena gana los pequeños disgustos, porque se sabe que son enviados por Dios! ¡Qué consuelo! Por tanto, hay que mirar todo lo que nos

sucede de molesto como enviado por Dios pare hacernos merecer; pues ése es el motivo de que permita que nos veamos afligidos. Hijas mías, Dios no es un tirano; no se complace en hacer sufrir a los que le sirven; no es posible que una hermana se vea colmada de penas y enfermedades y afligida por sus enemigos, a no ser porque esto sirve pare hacerla más agradable a los ojos de su divina Majestad.

En aquellos momentos, todas las hermanas se pusieron de rodillas pare adorar a Nuestro Señor, que era llevado a un enfermo; lo mismo hizo el Padre Vicente y, al levantarse, les dijo:

Cuando se predica en las iglesias y pasa Nuestro Señor, no hay que arrodillarse, porque se está hablando de El, y entonces eso es también honrarle, de modo que en otra ocasión como ésta no es necesario que os arrodilléis. Bastará con que yo me descubra.

Y reanudando su plática, dijo:

Por eso permite Dios que sus servidores tengan que sufrir. Pero, Padre, me diréis, ¿cómo es posible esto? Hijas mías, nos pasa como a una piedra de la que se quiere sacar una hermosa imagen de Nuestra Señora, de S. Juan o de algún otro santo. ¿Qué tiene que

hacer el escultor pare lograr su propósito? Tiene que tomar el martillo para ir quitando de esa piedra todo lo superfluo. Para ello golpea la piedra a martillazos, de forma que al verlo diríais que la quiere hacer añicos; luego, después de haber quitado lo más grueso, toma otro martillo más pequeño, y luego el cincel, pare empezar a diseñar la figure con todas sus partes, y finalmente otros utensilios más delicados para ultimar los detalles y dar la perfección deseada a esa imagen.

Mirad, hijas mías, Dios obra también de esa forma con nosotros. Por ejemplo, una pobre Hija de la Caridad o un misionero: antes de que Dios los saque del mundo, son como unos bloques de piedra, bastos y sin labrar; pero Dios quiere hacer de ellos una hermosa imagen, y por eso pone su mano encima y golpea encima con grandes martillazos. ¿Cómo lo hace? Unas veces les hace sufrir calor, otras frío, luego cuando van a ver a los enfermos de las aldeas, sopla el viento de invierno. No hay que dejar de ir por el mal tiempo. Esos son los martillazos que Dios descarga sobre una pobre Hija de la Caridad. A los que sólo miran las apariencias, esa hermana les parecería desgraciada; pero si ponemos los ojos en los de-

signios de Dios, veremos que todos esos golpes no son más que para formar esa hermosa imagen. Y cuando al principio Dios ha enviado grandes penas, tanto del cuerpo como del espíritu, y ve que lo que había en aquel alma de más basto ha desaparecido por medio de la paciencia que ha practicado, entonces toma el cincel para perfeccionarla, esto es, permite a veces que tenga algunas penas pequeñas, por ejemplo, cierta antipatía contra una hermana, que no deja de mortificarla; sí, hijas mías, esto puede suceder, incluso en contra de la superiora.

Cuando Dios ha decidido perfeccionar a un alma, permite que se vea tentada contra su vocación y que a veces esté dispuesta a dejarlo todo. Luego, como el escultor, toma el cincel y empieza a hacer los rasgos de aquel rostro; la pule y embellece, se complace en enriquecerla con sus gracias y no cesa hasta que la ha hecho totalmente agradable a sus ojos. Pero, lo mismo que ningún hombre del mundo es capaz de hacer una hermosa imagen de una piedra sí no es a golpes de martillo, también para hacer de una Hija de la Caridad una hermosa imagen con rostro bello que dé gusto a Dios, es necesario usar el martillo. Cuando

hablo de un rostro bello no me refiero al aspecto exterior, pues no lo necesita para nada y Dios se fija poco en esas cosas, sino que hablo del rostro del alma, que agrada inmensamente a Dios y a los bienaventurados. ¡Quién podría imaginarse el placer que experimenta en una Hija de la Caridad, después de que la ha puesto en ese estado!

Las que se quejan a sus hermanas, como ya he dicho; faltan a esta regla. Una hermana irá a buscar a otra y se quejará de que anda mal vestida, de que tiene demasiado trabajo en su parroquia y está enfadada con su compañera; quejarse de estas cosas es ir contra la regla. Además, si alguna se queja de que le cuesta ir a las aldeas estar mal alojada, el obrar de este modo es hacer lo que prohíbe la regla. Y todas las hermanas que se quejan del trato de la comunidad obran en contra de los designios de Dios, que envía todo eso para hacer una hermosa imagen; y así ellas se oponen a la voluntad de Dios. Es preciso entregarse a El para sufrir todo lo que pueda venirnos de molesto y trabajoso.

¿Creéis acaso que nadie sufre en la tierra? ¿Los príncipes? Muchas veces son ellos los que tienen mayores aflicciones! ¿Los ricos? ¿los

Papas? No, no, no están libres de penas. El Papa tiene también sus sufrimientos, e incluso mayores que los nuestros. Esto tiene que animarnos a recibir de la mano de Dios todo lo que nos salga mal, a imitación de Nuestro Señor, que nos dio ejemplo sufriendo toda su vida en su alma, en su cuerpo, en su morada no teniendo nunca casa propia, en su comida viviendo de limosna, en su honor; en una palabra, en todas las cosas que se pueden imaginar.

Pues bien, mis queridas hermanas, si el Hijo de Dios vivió en el sufrimiento, ¿quién querrá verse libre de él? Cuando, al ir a visitar a los pobres, pasaba delante de las tabernas, se reían de El, se burlaban, y tenía que escuchar las canciones indecentes y las palabras groseras que se decían en aquellos lugares. Por tanto, hijas mías, no os extrañéis de que a vosotras os digan cosas semejantes y, si al ir por la calle o incluso en las casas os encontráis con personas insolentes que os dicen palabras injuriosas, pensad en que también se las dijeron al Hijo de Dios; cuando os digan alguna frase deshonesta que apenas se puede tolerar, no tenéis que responder, sino elevar el corazón a Dios para pedirle la gracia de sufrir aquello

por su amor e ir delante del Santísimo Sacramento para contarle vuestras penas al Señor, sin quejarse a las otras hermanas, puesto que, al indicarles vuestros disgustos, no recibiréis ningún alivio y las molestaréis. Por eso no tenéis que contar nunca vuestras penas a las hermanas. Tenéis una puñalada en el pecho y sois tan crueles que queréis asestársela también a las demás; pues, al decirles vuestra pena, ponéis en el corazón de vuestra hermana la misma herida que lleváis en el vuestro. Si se lo decís a varias, habréis causado mil tentaciones y disgustos, que quizás les hagan perder la vocación. Es muy importante que no os quejéis con nadie, a no ser con los superiores. Cuando tengáis alguna dificultad, decídsela a la superiora si estáis aquí; y si no, escribid a la Señorita Le Gras o a mí; pero sobre todo, acudid a Dios, pues de El es de quien tenéis que esperar vuestro consuelo.

También van contra esta regla las que dicen sus penas, no solamente a las hermanas, sino incluso a personas seglares. Les cuentan imprudentemente sus descontentos a una dama oficiala o a alguna buena amiga; si se encuentran con una religiosa, harán lo mismo. Es curioso cómo hay personas tan débiles que no

pueden sufrir la cosa más pequeña sin quejarse y murmurar; cualquier tontería les da pena. Hermanas mías, hay que evitar estas faltas y; en vez de dejarse llevar por la pasión cuando nos han hecho alguna cosa, recurrir a Nuestro Señor, si estáis cerca de la iglesia, y decide: «Señor, ten piedad de mí; tu hija está sufriendo tal cosa; ten piedad de mí». Así hay que hacerlo, hermanas mías. Y escuchad lo que El os diga. Os hablará con su lenguaje y os dirá lo que tenéis que hacer; estoy seguro de que, si escucháis bien lo que El os dice, sentiréis fuerzas suficientes para soportar vuestras pequeñas penas.

Después de todo, tenéis que estar resueltas a sufrir. ¿Y quién no sufre en la tierra? Pensad en las mejores almas que hayáis conocido y mirad a ver si no tuvieron todas ellas sufrimientos, unas de una clase y otras de otra. Quizás creáis que sois vosotras las únicas. Pero es una regla general que todas las personas buenas serán perseguidas: esto debe obligaros a no quejaros nunca ni a decir vuestras penas a las hermanas o a los seglares. Hermanas mías, ¡cuántas han perdido su vocación por no haber tomado de la mano de Dios las mortificaciones que les llegaban y se arrepentían y cuan-

do ya no era tiempo! Las hemos visto volver después de haber salido: se quejaban y murmuraban, exagerando las cosas y mintiendo a veces, ya que la pasión las cegaba tanto que a veces decían lo que no era. Por tanto, no hay que descargar nunca el corazón con las otras hermanas; si tenéis alguna cosa que decir acudid a la Señorita Le Gras o al Padre Portail y no os extrañéis de tener penas; pues no hay nadie que no sea tentado. Somos como esas veletas que ponen encima de las torres; las veréis una veces hacia oriente y otras hacia occidente, unas veces hacia el norte y otras hacia el sur. Así es también la vida del hombre en la tierra: hoy le gusta una cosa, mañana le disgusta; y así tiene siempre alguna pena. Pero si sabe hacer buen uso de ello, da grandes motivos de alegría a los ángeles y adquiere muchas gracias. Cuando una hermana ha conseguido eso, se guarda mucho de quejarse y, por el contrario, recibe las penas con alegría y como un testimonio del amor que Dios le tiene; dice, como la esposa del Cantar de los cantares: «Mí secreto es para mí (esto es, mis penas, mis pequeñas aflicciones); por eso no las manifestaré, a no ser a los que Dios ha ordenado para ello».

Además, una hermana poco mortificada no se contentará con murmurar cuando no le gusta alguna cosa y decírsela a un seglar; buscará también en eso su satisfacción. Si tiene unos zapatos que no le gustan; procurará hacerse con otros; si un hábito no está hecho como a ella le gusta, querrá tener otro de mejor tela: La que no quiere padecer nada intenta buscar su satisfacción buscando lo que no tiene. Una hermana no encontrará el cuello tal como a ella le agrada, y lo devolverá. ¡Qué cosa tan mala es ésta, si sucede entre vosotras! ¡Cómo! ¡Para tener la satisfacción de ir como le gusta, pasará por encima de todas las cosas! ¡Qué desgracia la de esa hermana! Otra arreglará su cabeza, sacará un poco los cabellos para que los demás los vean. Hermanas mías, no se ven aquí estas cosas, gracias a Dios, pero si ocurriera con alguna de las que están en otros lugares lejanos ¡que gran mal que sería! Otra tendrá una camisa con las mangas un poco desgastadas; no sólo murmurará de ello, sino que querrá hacerse otra y quizás con tela más fina que la de la comunidad. ¡Qué malo es eso! Nunca podéis compraros nada para vestir; la Casa os lo proporciona todo; por eso no tenéis que buscar esas satisfacciones, que no os están permitidas mientras estéis

cerca de esta Casa. Las que viven lejos y no pueden sacar su ropa de aquí, tienen que pedir-sela a los que tienen que mantenerlas y decirles cómo tiene que ser la tela, ni más blanca ni más fina que la que se usa en esta Casa. Pero aquí no hay que hacer eso. Del mismo modo, las que quieren tener ropa más fina que las demás, las que están tan apegadas a sus satisfacciones que, si no les gusta la carne o el pan, procuran cambiar y comprar otros géneros, van en contra de la regla.

Así es, hermanas mías, como habéis de vivir en conformidad con el estilo de esta Casa y privaros de las satisfacciones que uno se imagina encontrar en esas cosas. Pero, para hacerlo como es debido tenéis que estar dispuesta a sufrir. ¡Dichosos los que sufren, puesto que Nuestro Señor ha dicho que son bienaventurados los que padecen aflicciones! Por eso tenéis que ver de buena gana que se os presente alguna ocasión. ¿De dónde creéis que nacen las murmuraciones y las quejas cuando no tenemos lo que queremos? Todos los pecados, grandes y pequeños, provienen de algún pecado mortal; por ejemplo, el orgullo produce la estima de sí mismo, convencido de que uno tiene más talento que los demás y que lo

hace mejor; inclina a presumir de lo que se hace, impide someterse a los demás y le hace a uno esclavo de su propio juicio. Un alma orgullosa hace todo esto. Los avariciosos que aman el dinero roban y son usureros para vivir a su gusto, y esto procede del pecado de avaricia. Por ahora no hay motivos para creer que ocurra esto en la Compañía, ya que gracias a Dios hay muchas de vosotras que aman la pobreza. Todos nuestros defectos, por pequeños que parezcan, proceden de alguna mala fuente. Así pues, ¿de dónde creéis que vienen las críticas y las quejas contra las aflicciones, el frío y otras incomodidades? Proviene únicamente del pecado de pereza, que es un mal muy grande y el mayor de los pecados mortales.

Pero me diréis: «¿Por qué dice usted, Padre, que es el mayor de los pecados mortales, si lo ponen el último de todos?». -Sí, es verdad que lo ponen el último; pero no es menor que los demás. ¿Que es la pereza, hermanas mías? La pereza es un aburrimiento de las cosas de Dios, un cansancio de la virtud, que hace que uno no aproveche las ocasiones de practicarla. Y así, en vez de sentirse llevado uno hacia Dios por los motivos de sufrimiento que sobrevienen, para hacer de ellos el buen uso

que El desea, se hace todo lo contrario: se murmura, se queja uno. ¿Y de dónde procede todo esto? De una pereza de espíritu que le quita al alma el gusto para todo. Si va a la oración, tiene el espíritu distraído y sin atención; en la comunión, lo mismo. ¿Por qué creéis que no tenemos ningún gusto en la comunión ni en los demás ejercicios de piedad? Porque nos hemos hecho indignos de los consuelos de Dios. Y al no sentir gusto por las cosas buenas, no hay que extrañarse de que se tengan dificultades, pues se les manda ir a tal parroquia, dirán: «Me cuesta mucho ir allá, no puedo sufrir esa cosa». Y no contenta con ello, se lo dirá a las otras hermanas y se quejará delante de ellas. Hermanas mías, un alma perezosa se queja y murmuran siempre; no hay nada que le pueda dar satisfacción; es que no ha calado en el amor de las virtudes y no encuentra en su corazón ningún consuelo en practicarlas.

Entonces, Padre, dice usted que la pereza es la fuente de las quejas y murmuraciones en las que caemos. Y por consiguiente, una hermana, cuando cae en estos defectos, hace ver que no tiene la virtud de la paciencia, que podría proporcionarle una corona en el cielo, si sufriera de buena gana y por amor de Dios las

pequeñas penas que le sobrevienen. -Sí, hijas mías, ella misma es la causa de sus desgracias; una persona que no es paciente se hace un problema de la cosa más pequeña. Si no la saludan, se imagina que no la estiman como es debido; si siente alguna incomodidad o tiene el pulso unos días más acelerado que otros, piensa que está enferma; si no la miman, se hunde en la tristeza; acusa a las demás de dureza y de faltas contra la caridad y no se da cuenta de que ella no busca más que su propia satisfacción.

Pero, Padre, ¿es eso un pecado? ¿y un pecado tan grave? -Hermanas mías, tengo que deciros dos cosas para que lo comprendáis.

La primera es que los que hacen las cosas de Dios con tristeza y negligencia son maldecidos por El. -¡Cómo, Padre! ¿qué dice usted? ¡Qué desgracia verse maldecido por Dios! ¡Eso sí que nos parece extraño! -Pues está en la Sagrada Escritura, hijas mías -Padre, díganos las palabras en las que Dios maldecir a los perezosos.

Helas aquí: *Maledictus homo qui facit*, etcétera, esto es, maldito sea el hombre que hace la obra de Dios con negligencia y que se comporta perezosamente en el servicio de Dios.

De hecho, ya veis cómo de ordinario esas personas carecen de firmeza en el bien y tienen el espíritu abatido, de forma que todo les resulta penoso. Mis queridas hermanas, no os extrañéis si veis a algunas y que parecían fervorosas al principio y eran muy edificantes y fieles en la observancia de las reglas, y que incluso continuaron durante algún tiempo en su fervor, pero al cabo de varios años no muestran más que tibieza y negligencia, resultando tan perezosas como antes parecían fervorosas. Eran buenas muchachas cuando entraron en la Compañía, pero fueron aflojando poco a poco en el servicio de Dios. No hay que extrañarse de ello, porque se dejaron llevar por ese pecado de pereza, dejando de ejercitarse en las buenas obras y de producir actos de fe, de esperanza y de caridad. Cuando están en la misa, lo hacen sólo por cumplir; en la oración lo mismo, con el espíritu disipado. ¿Y por qué esto? Porque la pereza se ha apoderado de ellas, de forma que no han podido soportar las penas que Dios les enviaba. Esa hermana se dejó llevar por su propia satisfacción. Luego, estando en ese miserable estado, rara vez la veréis contenta, ni en esta parroquia, ni con esta hermana, ni en este cargo. Siempre tendrá el

espíritu perturbado. ¡Salvador mío! ¿Qué dirán los que antes la veían hacer tantas cosas buenas?: «¡Cómo! ¡Cuánto ha decaído esta hermana, que antes era tan decidida, que no se asustaba ante las dificultades, que era tan fervorosa que no perdía una sola ocasión de practicar la virtud!». ¿Y de dónde procede este cambio? Es que se encuentra en el número de esos que han caído maldecidos por Dios. ¿Y qué puede hacer una persona sobre la que ha caído la maldición de Dios? Mirad, hermanas mías, cómo es preciso tener mucho cuidado. Y no os imaginéis que es un juego de niños lo que os estoy diciendo, pues es verdad que el hombre que se encuentra en el estado que hemos dicho está maldito de Dios.

Pues bien, la clave del edificio espiritual de las Hijas de la Caridad consiste en hacer bien todo lo que están obligadas a hacer, a fin de que no sean de las que hacen la obra de Dios con negligencia siendo ellas mismas la causa de su desgracia; pues, aunque la maldición de Dios caiga sobre ellas, no es ése su designio, sino que esto les pasa por su culpa. Un arcabucero que tire al blanco no tiene más intención que la de acertar y hacer que su tiro vaya derecho a su objetivo. Si se interpone una

persona sin darse cuenta, la bala lo mata. No es eso ni mucho menos lo que intenta el que dispara, pero como el otro se pone en medio, el golpe cae sobre él. Lo mismo pasa con Dios: El maldice la pereza, envía sus tiros contra ese vicio. Vosotras o yo nos encontramos en el lugar del blanco, y esa maldición cae sobre vosotras o sobre mí. Ese tiro no iba disparado contra vosotras; pero os pusisteis en este estado de pereza y de negligencia, contra el que se lanzó la maldición. No os extrañéis entonces de que sea eso lo que ocurre: Dios no quiere hacerlo, pero vosotras os habéis colocado en ese estado. Por tanto, hay que temer y evitar las cosas que pueden poner a una persona en esa desgraciada situación.

La pereza inclina sobre todo a la falta de observancia de las reglas. Una hermana negligente falta hoy a una regla; mañana faltará a otra, porque, apenas se relaja uno en el bien, una falta atrae a otra. Si mañana os despreocupáis de guardar esta regla pasado mañana faltaráis a otra, si no ponéis cuidado. Hermanas mías, habéis de saber que la hermana que no guarda sus reglas, se pone bajo el rayo de Dios; y entre las reglas, la prontitud en la obediencia es la principal. Pero no querer obedecer o ha-

cerlo tan mal que más que valdría no hacerlo, es un efecto del pecado de pereza. Podéis conocerlo en esto: por ejemplo, si estoy en un sitio en que no observo mis reglas, en que no puedo soportar la más pequeña dificultad, me costará mucho obedecer cuando me ordenen alguna cosa y me resultará muy difícil. Mis queridas hermanas, es el pecado de pereza el que causa todo esto: es ese pecado el que ha sido maldecido por Dios. Pensad un poco para ver si estáis en ese estado; y si es así, den dónde estáis? En la pereza. ¿Y dónde está el pecado de pereza? En el sitio adonde Dios envía sus rayos y sus maldiciones. Mirad entonces si no debe tener miedo una hermana de encontrarse allí.

Pero hay más todavía, mis queridas hermanas: es que Dios detesta y odia tanto a los perezosos que amenaza con vomitarlos. Pues bien, una persona que hace todo lo que acabo de decir está en la pereza, y Dios no puede soportarla en su estómago, porque odia tanto a esas personas que obran sin diligencia, que amenaza con vomitarlas. Pues bien, cuando se dice que Dios no puede soportar a un alma tibia en su estómago, es según nuestro modo de hablar, para que lo entendamos mejor. ¡Qué

espantoso! «Yo os vomitaré». ¿Y de qué sirve lo que uno vomita? De nada, a no ser pare repugnar a los que lo ven. Una persona que ha llegado a esa situación sólo sirve para seguir sus pasiones y correr tras los afectos desordenados. Para eso es para lo que sirve. Tened cuidado, hermanas mías; es un asunto de importancia, pues a veces no le ocurre solamente a una persona, sino que puede caer sobre toda una comunidad. ¡Salvador mío! ¡Qué motivos pare temer por esta pobre Compañía! ¡Pero también qué consuelo pare una hermana que observa fielmente sus reglas y que se complace en hacer todo lo que hace, por Dios! Dios entonces no tiene ojos más que para ver aquello. Todo lo que hace le agrada a su divina Majestad; le agrada no sólo en las acciones que son de suyo buenas, como oír la santa misa, comulgar y hacer oración, sino incluso en todo lo que hace, hasta durmiendo. Pero las que no tienen esta disposición, hijas mías, ¡cuánto miedo deben tener!

¿No habéis oído lo que se decía en el evangelio de hoy? Cuando los que no hayan cumplido la voluntad de Dios le digan en la hora de la muerte: «¡Señor, Señor!»; El les dirá: «No os conozco; puede ser que me hayáis rezado,

puede ser que me hayáis alabado, pero no os conozco». Y eso no hay que temerlo sólo en la hora de la muerte, sino durante toda la vida; pues si nos hacemos indignos de ser escuchados por Dios en nuestras oraciones y las acciones que realizamos no nos dan a conocer siervos suyos, ¿qué haremos? ¿Por qué creéis que Nuestro Señor no quiere reconocer a esas personas? Porque no conoce más que a las almas virtuosas; no admite a las que son infieles a la participación de sus gracias, y por eso dice: «No os conozco». Cuando una Compañía cae en ese estado de tibieza y de negligencia, mirad, hijas mías, está en peligro de perecer, porque se ha quedado por debajo de donde Dios la había puesto. Al principio, los sujetos de esa hermosa Compañía que dieron tantas satisfacciones a Dios mientras perseveraron, le disgustaron luego tanto por caer en el estado de pereza que ya no puede verlos y no tiene más remedio que vomitarlos. ¡Ay de aquella desventurada que fuera la causa de tan gran mal!

Pues bien, veamos en cuál de esos dos estados nos encontramos nosotros: ¿en el primero o en el segundo? Estáis en el primero si observáis bien la regla, si sufrís de buena gana las penas que os sobrevienen y no murmuráis en

vuestros sufrimientos. Si es así, ¡qué agradable será a Dios la Compañía! ¡Salvador mío! ¿hay algo que te agrade tanto como las almas que te sirven como deseas? Pero, si alguna se relaja en particular o más bien si toda la Compañía se enfría en la observancia de las reglas, ¡qué gran daño, Salvador mío! Hemos de esperar que no ocurra esto en general, pero si alguna en particular está relajada, que tenga mucho cuidado que ponga la mano en su conciencia y vea cómo recibe las penas que le sobrevienen. Esa dificultad que se presenta, ¿la recibimos como si viniera de parte de Dios para aumentar nuestros méritos? Si así lo hacemos, hemos de alabar a Dios; pero si vemos lo contrario, temamos su maldición. Y para evitarla, levantémonos de ese estado.

En cuanto a la Compañía en general, hemos de decir que trabaja, gracias a Dios. Si así no fuera, ¿cómo iban a desear teneros, en tantos sitios? Si se advirtiera algún relajamiento entre las Hijas de la Caridad, no las buscarían como las buscan; pues apenas pasa un día sin que os pidan. ¿Y quiénes son los que nos hacen este favor? Son los obispos. Mirad, hijas mías, cuántos motivos tenéis para humillaros. ¡Cómo! ¡Que se tenga tal aprecio de unas po-

bres y miserables criaturas, que las pidan de tantos sitios! ¿No es esto un motivo de confusión, cuando se piensa en lo imperfecto que es uno? Os digo esto para haceros ver la obligación que tenéis de ser agradecidas a las gracias que Dios concede a la Compañía, que goza de tan buena fama que, en un solo día, han venido a pedirlos de tres lugares. Esto hace creer que, si las Hijas de la Caridad estuvieran disipadas en general, si la compañía como tal viviera en el desorden, Dios no permitiría que tuvieran tan santas ocupaciones. ¿Y sabéis cuánto peso tiene el ver a una hermana entregarse con afecto al servicio de los pobres? ¡Si lo supierais, hijas mías. Jamás he oído que pidieran a unas religiosas carmelitas a ningún lugar. Pero a vosotras os desean hasta los obispos, porque hacéis profesión de servicio al prójimo. ¡Cuántos motivos de consuelo para los que observan sus reglas! Pero tened cuidado no sea que haya entre vosotras alguna que se encuentre en el estado que hemos descrito. Haced mañana la oración sobre este tema y examinad a ver si habéis caído en alguna de estas faltas; sobre todo, tomad el propósito de no quejaros nunca con las otras hermanas; y si advertís que estáis en el estado de pereza,

pedidle a Dios que os conceda la gracia de salir de él para poneros en el que más le agrada. Haced lo que dice S. Pedro; si no estáis en el estado de los predestinados, haced de manera que estéis en él cuanto antes. Esforzaos por salir de esa situación y en todas vuestras oraciones pedidle a Dios esa gracia de que todas le sean fieles, que no haya ninguna que abuse de sus gracias y se sienta; apegada a una tontería, a una nonada, que pueda atraerle las maldiciones de Dios.

¡Bendito sea Dios! ¡Animo, hijas mías! Esforzaos en serle fieles en todas las cosas, en no quejaros de nada, aun cuando estéis enfermas. Recibámoslo todo de la mano de Dios y digámosle: «Señor, cuando te pido la gracia de sufrir las penas que tu bondad me envíe, me propongo al mismo tiempo recibirlas de tu mano. Señor, puesto que es imposible estar sin penas en este mundo, me propongo recibir por amor tuyo todas las que vengan sobre mí, así como también librarme del espíritu de pereza, hacer las cosas que se me ordenen y mantenerme con firmeza en el bien empezado, para que todo esto te resulte agradable».

Hijas mías, una regla bien observada, un pequeño sufrimiento que se acepte por amor de

Dios y para demostrarle que le amamos, ¡qué gran dicha encierran para Dios! Pero también ¡que desventura aprovechar mal todas las gracias que Dios concede a esa alma! Le ruego a Nuestro Señor que nos conceda la gracia salir de este estado de pereza, si es que estamos en él.

Entonces una hermana interrumpió al Padre Vicente y le pidió que pidiera a Dios perdón por las muchas faltas de las que se reconocía culpable en este aspecto.

-Bien, hermana mía, le dijo. Cae usted porque es débil, pero se levantará por lo que acaba de hacer. Tenga confianza en Dios, que le dará fuerzas para soportar sus penas. Así se lo pido con todo corazón para usted y para todos nosotros.

11. La Oración de la mañana y el ángelus.

«Se levantarán a las cuatro, elevando a Dios el primer pensamiento. Se vestirán con diligencia, hará cada una su cama y, antes de acabar de vestirse, tomarán agua bendita».

Mis queridas hermanas, hasta ahora os hemos explicado las reglas. Viene a continuación la distribución del día, esto es, lo que te-

néis que hacer desde la mañana hasta la noche, los domingos, los lunes y los demás días de la semana. Es como una rueda que da vueltas continuamente y a la que es menester que se ajuste cada una, no para un día, sino para todos los días de esta semana y de la semana siguiente, en una palabra, durante toda nuestra vida. Esto es lo que Dios pide de vosotras, hermanas mías. Es menester para guardar cierto orden que todas hagan lo mismo y a la misma hora, si fuera posible. ¡Qué dicha ver a una comunidad levantarse a las cuatro! ¡Qué hermoso es ver la diligencia que pone cada una en poder ir cuanto antes a hablar con Dios! Por consiguiente, tienen que levantarse todas a la hora señalada, excepto las enfermas. Pero todas las demás, que pueden hacerlo, lo tienen que hacer y sentir compasión de las que no pueden, llegando incluso a impedir que se levanten las que algunas veces tienen necesidad de descanso y permitiendo a las que están enfermas que no se levanten. Pero fuera de ese caso, hermanas mías; proponed todas seguir esta práctica. Y si lo hacéis así, hijas mías, llenaréis de alegría todo el cielo:

A este propósito os voy a preguntar lo mismo que pregunto a las damas de la Caridad; en

las reuniones, cuando se lee alguna regla, les pregunto si se observa esa regla y ellas me responden. Pues bien, os pregunto: ¿Se observa esta regla en esta Casa, Señorita? ¿Se levantan todas a las cuatro?

-Sí, Padre; excepto las enfermas. Pero las enfermas piden permiso el día anterior para no levantarse, si preven que no podrán hacerlo; o bien se lo dicen a la hermana que las despierta por la mañana, cuando no han podido hacerlo la noche anterior.

-Mirad, mis queridas hermanas, os diré esto de pasada: visito a veces cierto monasterio de religiosas y le pregunto a la madre superiora: «Pero, madre, ¿no me dice usted nada de las que faltan al levantarse?». -«No le digo nada, responde, porque todas se levantan, gracias a Dios». Pues bien, todas ellas son personas distinguidas. Mirad, mis queridas hermanas, por eso os recomiendo mucho esta primera acción del día. Si hay algunas que necesitan descanso por el mucho trabajo que han tenido a lo largo de la jornada, o porque se encuentran mal, me parece muy bien; tienen que pedirle permiso a la Señorita, si es aquí y en las parroquias la compañera a su hermana sirvienta y la hermana sirvienta a su compañera. Pero, Hermanas mías,

no tenéis que hacer esto más que muy raramente, puesto que, como nuestra naturaleza busca siempre el descanso, si hoy le dais lo que ella pide, mañana os pedirá más todavía. Si, si una hermana le concede a su cuerpo descanso un día, al día siguiente la pereza la retendrá en la cama. Y una vez formado el hábito, le costará mucho trabajo romperlo. En cuanto a mí, os confieso que nunca concedo descanso a mi pobre y miserable cuerpo y que nunca me parece que tengo más necesidad de descansar por la mañana que el día anterior.

Entregaos a Dios, mis queridas hermanas, para conocer bien si se trata de una verdadera necesidad, cuando creáis que necesitáis más descanso; pare ello hay que pensarlo delante de Dios. Y si alguna, después de haberlo examinado de esta forma, cree que necesita más descanso pare poder soportar su trabajo, entonces que lo pida, pero con indiferencia. Fuera de ese caso, levantaos con diligencia sin dialogar con la almohada. Pues eso de darse media vuelta para ver si tenéis que levantaros, ¡ay, hermanas mías!, no os dejéis caer en esa falta. Empezad el día de esa manera y con esa mortificación haréis un acto que agradará mucho a Dios.

Así pues, tenéis que entregaros a Dios desde por la mañana para observar luego debidamente el orden en la distribución del día. ¿Por qué? Porque esas acciones de la jornada son, propiamente hablando, vuestras reglas y, si las observáis bien, serán la cause de vuestra santificación y de vuestra salvación. Hay una máxima que tienen los santos: que, como las acciones tienen la misma naturaleza que las causas de donde proceden, uno se salvará en virtud de las buenas acciones que haya producido. Si los santos son santos, es por las acciones que han hecho, y eso es lo que Dios santifica o por qué El santifica. Veis entonces la importancia que tiene el hacer bien las acciones de la jornada y cómo es segura la salvación de las que son fieles en eso. Por consiguiente, lo primero que hay que hacer es aprender lo que hay que hacer; pues, ¿cómo se practicará, si no se sabe? Pues bien, mis queridas hermanas, eso es lo que tenéis que saber en primer lugar.

Resultaba muy hermoso ver a un rey de Polonia que, yendo a cazar o a pasearse, mandaba que le trajeran una silla, donde se sentaba para instruir a su pueblo y enseñarles las cosas de su salvación. Eran todos idólatras, o

gran parte de ellos, y aquel buen príncipe se ocupaba él mismo en instruirles.

Pero, sin hablar de hombres mortales, hablemos de Nuestro Señor. ¿Qué es lo que hacía? ¿No enseñaba a sus apóstoles a rezar el *Padrenuestro*? Era hermoso verle enseñar cómo tenían que rezar: «Decid: *Pater noster qui es in caelis*» (Mt. 6, 9). Ved si no es ésa una ocupación muy elevada y si no son bienaventuradas todas las almas que así lo hacen, con tal que lo pagan en el espíritu de Nuestro Señor.

Y vosotras, mis queridas hermanas, que hacéis profesión de instruir a las niñas, instruís también por este medio a sus padres y a sus madres, como vemos en las misiones, porque los niños les refieren lo que ellos han aprendido; los pequeños enseñan a los mayores lo que éstos deberían haberles enseñado. ¡Mirad qué dicha! Por tanto, es menester que, como estáis destinadas a formar a esas almas en la virtud, aprendáis vosotras mismas lo que tenéis que decirles. Será conveniente fijarse mucho en esto y pedir cuentas de cómo se hace.

Continúa el segundo artículo: «Las de las parroquias que no sepan leer meditarán algunos de los misterios de la pasión u otros que se les asignen».

Hermanas mías, si estáis dos en una parroquia y no hay ninguna que sepa leer, sois realmente un poco dignas de compasión, y sería de desear que no sucediera nunca esto. Pero ¡qué se le va a hacer! La Señorita Le Gras hace todo lo que puede por remediarlo. ¿Pero qué hacer en ese caso? Hay que hacer lo que aquí se dice: acordarse de la pasión de Nuestro Señor en el huerto, conmoverse al considerar su tristeza y el motivo por el que se puso a hacer oración, demostrar grandes deseos de imitarle en su resignación y sobre todo rezar a Dios cuando sintáis alguna congoja. Mirad, hermanas mías, no os desaniméis nunca, las que no sepáis leer; si tenéis buena voluntad, Dios os concederá el don de oración, precisamente porque no os pondréis a especular tanto, con tal que tengáis verdaderos deseos de agradarle. Se ven muchos ejemplos que nos demuestran que hay personas que no saben leer; escribir, pobres aldeanos que no saben nada, pero que han recibido de Dios el don de la oración y en un grado mucho más alto que otros muchos muy sabios. En este sentido es como debemos entender lo que decía Nuestro Señor: «Padre mío, confieso y reconozco que has escondido a los sabios y a los doctos las cosas

que acabo de enseñar y que se las has revelado a los pequeños» «(Mt. 11 ,25).

Sí, hermanas mías, lo que Dios esconde a los sabios, se lo da a conocer a los ignorantes. ¿Y por qué? Porque Dios se complace en los pequeños y en los pobres, de forma que muchísimas veces ellos son más sabios en la oración que las personas doctas. Por consiguiente, no os descorazonéis por vuestra falta de inteligencia; Nuestro Señor será vuestro maestro; El os enseñará, como se hace con los niños que todavía no saben nada. ¿No veis cómo en las escuelas se empieza enseñando las letras a los niños y luego se va avanzando poco a poco? Hermanas mías, así es como Nuestro Señor se porta con las hermanas que no se estiman en nada y que se juzgan las peores de todas. ¿No os parece una buena meditación tener siempre el pensamiento de la muerte y pasión de Nuestro Señor dentro del corazón? Mirad, hermanas mías, los santos nos dicen que Dios ve con mayor agrado la meditación de la pasión de su Hijo que el ayuno durante un año entero.

Dirá quizás alguna: «Pero, Padre, yo no sé bien la pasión». -Hermanas mías, es necesario que la aprendáis bien; no os resultará difícil. Y

acordaos de los misterios de la vida y de la pasión de Nuestro Señor, pare poner como temas de vuestra oración unas veces unos, y otras otros.

S. Francisco no hacía otra oración más que la de la pasión, y todos sus religiosos hacen lo mismo. Y los Capuchinos no toman nunca como tema de meditación más que los misterios de la vida, muerte y pasión de Nuestro Señor. Pues bien, no hay entre vosotras ninguna tan ignorante que no conozca la vida de Nuestro Señor: cómo se encarnó, su nacimiento en el portal de Belén, su circuncisión, la adoración de los tres reyes, su huida a Egipto y todo lo demás de su vida hasta su muerte. Ate-neos a todo eso, hermanas mías, las que no sepáis leer; fijaos en los misterios de la vida y de la muerte de Nuestro Señor. Si os faltan pensamientos, elevaos a Dios por medio de alguna aspiración. Y sí, después de eso, no se os ocurre ningún pensamiento, rezad el Padrenuestro y el Credo, y luego volved a vuestra oración. Si seguís estando secas, rezad una decena del rosario. Venga, hermanas mías, consolaos; si hacéis lo que os he dicho, os aseguro que haréis bien la oración y quizás mejor todavía que las que saben leer, si es que éstas no tienen todavía más humildad que ciencia.

En lo que se refiere al *Angelus*, que se dice al final de la oración, hermanas mías, hay que empezar haciendo la señal de la cruz, y a continuación se dice: *Angelus Domini nuntiavit Mariae, et concepit de Spiritu Sancto*. Hermanas mías, se trata de una oración para dar gracias a Dios por haber venido a este mundo a encarnarse por nuestra salvación. Este es el sentido que tiene. *Angelus*, etc., quiere decir que el ángel le anunció a la santísima Virgen que habría de concebir al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Y la santísima Virgen, después de saber la forma con que habría de llevarse a cabo este misterio, le respondió: «Bien; es Dios el que así lo quiere; yo soy la esclava del Señor; ¡que se haga en mí según su palabra!». Esto es lo que quiere decir: *Ecce ancilla*. Y a continuación se dice: *Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis*: el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Esto es lo que quiere decir el *Angelus*. Hay que tener la intención de dar gracias a Dios por ese gran misterio siempre que oigáis el sonido de la campana. Ya os han enseñado todo esto, mis queridas hermanas; seguramente lo sabéis, pero conviene renovar estas ideas de vez en cuando.

Benedicid el nombre de Dios y glorificadle pare siempre. Esto es lo que debemos sacar de esta conferencia: que se trata de que seáis muy fieles en guardar el orden debido en la distribución del día, ya que de eso depende la santificación de vuestras almas. Si no lo hacéis, viviréis en medio de tinieblas y será muy triste veros así. Quiera la bondad de Dios concederos la gracia de ser siempre exactas en guardar este orden y ver con agrado la promesa que acabáis de hacer, la de ser siempre fieles en hacer lo que acabamos de decir. Y como es Nuestro Señor el que concede la gracia de hacer lo que El nos manda, tened la confianza de que no estaréis solas, sino que Nuestro Señor lo hará con vosotras. Esto es lo que le pido con todo mi corazón.

¡Salvador! ¡Salvador mío! Tú has reunido a tu lado a este pequeño rebaño. Concédeles la gracia de que comprendan bien todo ésto y de que lo ejecuten por medio de la práctica de sus reglas. Esto es lo que le pido, Señor, que hagas por las palabras de bendición que, de tu parte, voy a pronunciar.

Mis queridas hermanas, el domingo pasado hablamos del primer artículo de la distribución del día y dijimos algunas cosas sobre el

segundo. Nos queda por hablar hoy de la oración y de los rezos de por la mañana. Esto es lo que contiene este artículo: «A las cuatro y media harán en común las oraciones vocales ordinarias; luego oirán leer los puntos de la meditación, que harán durante media hora, comenzando por el *Veni, Sancte Spiritus*, etc.».

Se trata, pues, de hacer la meditación durante media hora, después de levantarse. Todas tienen que hacerla, ya que la oración es para el alma lo que el alma es al cuerpo. Y como un cuerpo sin alma es un cadáver, así una persona sin oración no tiene fuerza ni vigor. Siendo esto así, todas las almas a las que Dios llama a algún ministerio importante para su gloria tienen que dedicarse a este ejercicio y huir de la vana gloria, como por ejemplo hacer alguna cosa por complacer al mundo o por atraerse su estima. A Dios no le gusta que se quite la gloria que debe a Dios, ni que haga alguna cosa por conquistar el afecto de las personas con quienes trabaja. He de querer que todo lo que yo haga, diga o piense, sea por su amor. Salir de la oración sin tomar alguna de estas resoluciones, principalmente las que se refieren a la observancia de las reglas, es no hacerla como es debido.

Pero no basta con hacer un propósito si después no buscáis cuáles son los medios para ponerlo en práctica. Por consiguiente, cuando toméis la resolución de huir de algún vicio, o de practicar alguna virtud, tenéis que deciros en vuestro interior: «Bien, yo me propongo hacer esto; pero resulta muy difícil de practicar. ¿Podré hacerlo con mis propias fuerzas? No; pero, con la gracia de Dios, espero cumplir lo que he prometido y para ello tengo que servirme de tal medio».

Estos son, mis queridas hermanas, los tres puntos de la oración. Todavía quedan otros tres, y viene luego la conclusión.

El primero de estos tres últimos es dar gracias a Dios., Habéis visto la belleza de la virtud y habéis formado vuestros propósitos. Os falta hermanas mías, agradecer a Dios la gracia que os ha concedido de hacer oración, que es la gracia de las gracias que Dios puede conceder a los cristianos y, por consiguiente, a las Hijas de la Caridad. ¿Qué mayor favor podía conceder Nuestro Señor a un alma que permitirle tratar y comunicar personalmente con El? Por consiguiente, es razonable que se den gracias a Dios por haber hecho oración. ¿Y quién os ha concedido la gracia de hacerla? ¿No ha sido Dios? Por consiguiente,

te, hay que agradecersele con cariño. Y las que hacen oración sin dar luego gracias a Dios por haber desterrado las tinieblas de su espíritu y por haberlas iluminado para conocer la belleza de la virtud, moviendo su voluntad para practicarla, fallan en un punto muy necesario para hacer la oración como es debido.

Después de eso, mis queridas hermanas, tenéis que ofrecer a Dios vuestras resoluciones; tenéis que presentarle lo que acabáis de recibir de su bondad. Acabáis de recibir una gracia, pero tenéis que estar convencidas de que no sois dignas de ella; por eso decidle: «Señor, reconociendo que todo viene de ti y que yo no soy capaz de conservar lo que me has dado, te lo ofrezco a ti». Y finalmente hemos de proponernos obrar bien, pero no seremos capaces de hacerlo si Dios no nos concede esa gracia, ya que, como dice S. Pablo, no podemos decir: *Abba Pater* (Rom. 8, 15), a no ser en el Espíritu Santo. Tenemos mucha necesidad de poner en práctica nuestras resoluciones, pero no podemos hacerlo sin la gracia de Dios, ya que sin El no podemos tener ni un solo buen pensamiento, ni pronunciar una sola palabra, sin que el Padre eterno nos conceda esa gracia por los méritos de su Hijo.

He aquí, hermanas mías, en qué consiste la oración. El primer punto, con los tres que contiene, se llama preparación; el segundo, el cuerpo de la oración; y el tercero, conclusión. Hijas mías, será muy difícil qué os acordéis de todo, esto. Si podéis hacerlo, muy bien; pero si no os acordáis de todo, no os desaniméis, acordaos solamente de los afectos que Dios os haya dado en la oración. Luego seguid las prácticas necesarias para ello. No os preocupéis; con el tiempo; Dios os concederá la gracia de hacer bien la oración: Tenéis que rogarle que os enseñe cómo podéis hacerla; lo mismo que los apóstoles cuando le dijeron a Nuestro Señor: *Dominé, doce nos orare* (Lc. 11, 1; Mt. 11,1). Señor, enséñanos a orar, enséñanos como hemos de tratar con el Padre.

Después de haberle pedido a Nuestro Señor que os conceda la gracia de aprender a hacer bien la oración, os aplicaréis interiormente a la consideración de los puntos que se hayan leído, como hemos dicho. ¡Salvador mío! Concédeme la gracia de entrar en esta santa práctica. Hermanas mías, si hacéis bien la oración, ¿que recibiréis de Dios a continuación? Os encontraréis, como dice David, con la grandeza de Dios.

Pero, Padre, dice usted que la regla me obliga a meditar. ¿Cómo pueden hacerlo las pobres Hijas de la Caridad que están por las aldeas y que no saben leer? -Hermanas mías, vuestra regla dice que entonces podéis meditar los misterios de la vida de Nuestro Señor, su encarnación, su natividad, su vida en Nazaret, cómo obedecía a su Sta. Madre y a S. José, y en fin todos los demás pasajes de la vida del Hijo de Dios, desde su nacimiento hasta su muerte; y finalmente, cómo subió a los cielos.

Pero, Padre, dirá alguna, yo no sé todo eso. -Hermanas mías, conservad en la memoria alguno de los que mejor os acordéis. Y para ayudaros a ello, sería de desear que tuvierais estampas de los misterios de la vida de Nuestro Señor. Le ruego a la Señorita Le Gras que se las proporcione a las hermanas que están lejos de aquí, si es posible. Y cuando vayáis a la oración, las que no sepan leer que tomen como tema de su meditación el misterio que está representado en alguna de esas estampas.

Pero, Padre, ¿cómo? ¿qué vamos a hacer en la oración sin saber leer? -Hermanas mías, ¡si supierais cuántos santos ha habido que, sin saber una letra, han tenido el don de oración!

No os desaniméis por no saber leer, pues puede muy bien suceder que una que no sepa nada haga mejor la oración que otra que sepa muchas cosas.

En este mismo siglo ha habido un religioso carmelita tan ignorante que no fue nunca capaz de aprender a rezar el oficio, pero Nuestro Señor lo instruyó de tal modo y le concedió la gracia de hacer tan bien la oración que ha sido uno de los más iluminados y elevados de estos tiempos. ¿Cómo es posible? Porque, además de no poseer ninguna ciencia, se presentaba a Nuestro Señor y le decía: «Señor, he aquí un pobre ignorante que implora tu gracia para hacer oración. Yo no sé nada. Pero, Señor, dime tu alguna cosa. ¿Dejarás a este pobre servidor sin decirle nada? Señor, ¿qué dirá todo el cielo al ver que no escuchas la plegaria que te hago? Permíteme, Señor, que te diga que no saldré de aquí sin que me hayas concedido la gracia que te pido». Así es como aquel bienaventurado hermano llegó a tan alto grado de oración. Por eso, hijas mías, no os extrañéis si no sabéis muchas de esas cosas que facilitan el poder hacer la oración; con tal que seáis muy humildes y que os presentéis, como aquel buen hermano, a Nuestro Señor, jamás

Dios dejará que os marchéis que su divina presencia sin haber recibido la gracia de haber hecho bien la oración.

¿Sabéis cómo la señora de Chantal, nuestra bienaventurada madre; aprendió a hacer bien la oración? De la manera que os acabo de decir que podéis meditar vosotras, las que no sabéis leer: con estampas. ¿Qué es lo que hacía? Tomaba una estampa de la Santísima Virgen y, considerando sus ojos, decía: «¡Qué ojos tan amables!». Luego, cuando su corazón se sentía de esta forma inflamado en amor por estas consideraciones, rogaba a Dios que le concediera la gracia de no ofenderle nunca con la vista: «Señor, concédeme la modestia que tenía la Santísima Madre». A continuación, hacía el propósito de tener cuidado con su vista y de no permitir a sus ojos que se extraviaran con las cosas vanas. Otras veces meditaba en los oídos de la Santísima Virgen y pensaba: «¡Qué felices fueron sus oídos por haber escuchado la palabra de Dios y por haber oído los mandamientos de su Hijo!». Luego se detenía en la consideración de como podría ella hacer lo mismo.

Si vosotras lo hacéis también así, aprenderéis a hacer bien la oración; o bien, como la

hacía Fray del Niño Jesús, que le decía a Nuestro Señor: «Yo soy como un criminal pero deseo que me hables. ¡Cómo, Señor! ¿No me dirás nada? ¿Es que no quieres hablar con los criminales? No me moveré de aquí hasta que me hayas dicho alguna cosa». -«Santísima Virgen, decía también aquella bienaventurada señora, no saldré de aquí hasta que me hayas dado a conocer cómo escuchabas Tú las palabras de tu Hijo, cuando predicaba a los judíos y a todos los que le seguían». Después de pensar en esas palabras, decía «Santísima Virgen, sé muy bien que tu oídos estaban atentos a escuchar aquellos hermosos preceptor que salían de la boca de tu Hijo; pero también sé muy bien que nunca oías hablar mal del prójimo, que nunca te gustaban las palabras de doble sentido, porque estabas siempre llena de candor». Después de discurrir todo esto, tomaba la resolución de no escuchar nunca cosas malas. Y así iba recorriendo todos los miembros de la Santísima Virgen, prometiendo comportarse como ella. Pues bien, hermanas mías, ¿qué os impedirá hacer vosotras lo mismo? No tendréis necesidad más que de una estampa o de un cuadro. Y Nuestro Señor os dirá seguramente alguna cosa.

Esto es, mis queridas hermanas, lo que tenía que deciros sobre este tema. Acabaré diciéndoos que, si hacéis todo lo que podáis por adoptar esta santa práctica de hacer bien la oración, tendréis ante Dios muy buen crédito para alcanzar todas las gracias que le pidáis. Pero sobre todo obtendréis con la gracia santificante. Diré más todavía, hermanas mías: aquellas de vosotras que no sepan leer ni escribir, si son verdaderamente humildes, harán mejor la oración que aquellas otras que hayan aprendido el método de hacerla por medio de la ciencia, si ésta no va acompañada de humildad. Así pues, hermanas mías, tened confianza en que, lo mismo que Nuestro Señor escogió a unos pobres pescadores pare que fueran sus apóstoles, también vosotras haréis bien la oración, aunque seáis unas pobres ignorantes. Y no solamente esto, sino que haréis mucho bien, como decía la buena señora de Goussault.

«Padre, me decía cuando estaba ya cercana a la muerte, ¡qué grandes cosas hará Dios por medio de las Hijas de la Caridad!». ¡Ay, si no son más que unas pordioseras! No importa, mis queridas hermanas; si sois humildes de verdad, Dios hará muchas cosas por medio de vosotras.

¡Oh Señor, que elegiste para apóstoles tuyos a unas pobres gentes! Ves a nuestras pobres hermanas a los pies de tu divina Majestad, reconociendo que no son más que unas pobres ignorantes. Señor, enséñales; pero sobre todo enséñanos a orar. Tú enseñaste a todos los pobres cómo había que hacerlo. Si tu divina bondad quiere concedernos esta gracia, ellas harán bien la oración, mucho mejor que lo que cabría esperar de unas pobres mujeres. Señor, con esta esperanza pronunciaré sobre ellas las palabras de la bendición.

Hermanas mías, el tema de la presente conferencia será la continuación de la lectura de vuestras reglas a propósito de la distribución del día. No hablaremos mucho de ello, pues se trata de cosas ordinarias que no necesitan explicación. Preguntaremos únicamente si se observan en las parroquias y en las aldeas y finalmente si se guarda la puntualidad en las horas debidas.

La última conferencia fue sobre la oración mental. Si tuviéramos tiempo, les preguntaría a algunas hermanas cómo la hacen. Pero como nos hemos retrasado un poco en venir, pasaremos a la lectura de vuestras reglas.

Dicen lo siguiente; se trata en el tercer punto de la distribución del día: «Después de la

oración, se aplicarán a lo más preciso que tengan que hacer, cada una según su oficio».

Así pues, se supone que se ha hecho ya la oración mental; nunca tenéis que dejarla, hermanas mías. ¡Salvador mío! ¡Qué ejercicio tan santo! Mirad, hermanas mías, no es tan necesario el aire para la vida del cuerpo como la oración para la vida del alma. Y lo mismo que muere una persona cuando le falta el aire, ya que es el aire lo que anima su vida por medio de los espíritus animales, del mismo modo, hermanas mías, es imposible que una Hija de la Caridad pueda vivir sin oración. Y ahora os pregunto. ¿Cómo se observa esto? En esta Casa ya sé que no se falta; pero me gustaría saber como os portáis en las parroquias.

Veamos, sor Ana, de S. Germán de Auxerre; Hermana mía, ¿hacen ustedes la oración mental todas las mañanas?

-Sí, Padre, durante media hora y a veces hasta; tres cuartos de horas.

-Entonces, hermana, ¿no faltan ustedes en esto?

-No, Padre, por gracia de Dios.

-Que Dios las bendiga y que les conceda por su bondad esta misma gracia a todas las que no están animadas de este espíritu.

En S. Pablo, hermana, ¿hacen ustedes la oración por la mañana?

-Sí, Padre.

-¿Tienen algunas veces la repetición de la oración, hermana?

-No, Padre, no tenemos tiempo. Después de hacer la oración, hemos de preocuparnos de lo que hay que hacer.

-Bien hija mía, ¡que Dios la bendiga! Es verdad que, si hay alguna parroquia en donde hay mucho trabajo, es donde están ustedes. Quizás no haya costumbre de tener, la repetición en las parroquias. Hasta ahora no ha sido conveniente tenerla; veremos más adelante lo que hay que hacer.

En los Galeotes, sor Enriqueta, ¿hacen la oración?

-Padre, no oímos el reloj y esto hace que a veces no seamos muy exactas.

-Bien, ¡que Dios la bendiga, hija mía, por haber respondido con tanta ingenuidad! Así es como hay que hacer. ¡Y que Dios las bendiga también por su viaje! (Aquel viaje fue para, ir a Calais a atender a los soldados heridos, para los que se había ofrecido esta hermana al Padre Vicente y a la Señorita Le Gras). Bien, hermana; en la hora de la muerte será un gran consue-

lo haber hecho lo que acaba de hacer, lo mismo que para todas las que tengan esa misma disposición de ir a servir al prójimo a cualquier lugar adonde las llame la Providencia.

¿Hay alguna de S. Sulpicio? Hermana, ¿son ustedes exactas en hacer la oración?

-La hacemos algunas veces; pero no podemos por causa de las medicinas que hay que llevar a los pobres. Cuando no podemos hacerla a otra hora, la hacemos durante la misa.

-Hija mía, sé muy bien que, si hay alguna parroquia que merezca alguna excusa por la cantidad de enfermos, es la vuestra. Pero siempre que podáis, hacedla en casa. Es muy difícil hacer bien la oración durante la misa.

En las Casitas, ¿se hace oración?

Sí, Padre, la hacemos dos veces al día; y cuando, después de comer, no todas tienen tiempo para hacerla, tenemos la lectura de los puntos y luego cada una va haciendo lo que puede mientras va y viene.

-¡Dios la bendiga, hija mía!

-(A una hermana que había venido hacía poco de Maule) Hermana, ¿hacen oración en su casa?

Padre; a veces no hacemos más que leer los puntos; luego la otra hermana y yo vamos

por las aldeas donde hay enfermos, y la hacemos lo mejor que podemos.

-Y por la tarde, hija mía, ¿la hacen ustedes?

-Sí, Padre; después de que se han ido las alumnas; pero no a las cinco y media; sino a veces a las seis o a las siete.

-Está bien hija mía. Mis queridas hermanas, he de confesarles que me siento muy contento al ver su fidelidad. Es bueno hacer la oración mientras vais por el campo a visitar a los enfermos. S. Carlos Borromeo lo hacía también así, no solamente en cuanto a la oración, que iba haciendo por el camino, sino que hasta se confesaba a caballo; haciendo que se acercase su capellán y confesándose con él. ¡A cuántas pobres gentes he confesado yo también de camino por el campo! Cuando íbamos a misiones, acudían a nuestro lado. «Padre, no me he confesado; le ruego que me confiese; espero que Dios perdone mis pecados»: Y así los escuchábamos por el camino. También se puede hacer la oración de esa manera.

Las Hijas de la Caridad tienen que apreciar la oración como el cuerpo al alma. Y lo mismo que el cuerpo no sería capaz de vivir sin el alma, tampoco el alma sería capaz de